

CRITICA y PROPAGANDA

UNA señora o señorita apellidada Ballesteros ha manifestado su opinión, a requerimiento de un periodista reportero, acerca del estado cultural en España; requerimiento y opinión tuvieron como causa inmediata la celebración en Madrid de la tradicional feria del libro.

Ignora quien esto escribe, si la citada señora o señorita pertenece al grupo de los valores consagrados o figura en la lista, numerosísima de féminas que han irrumpido de algún tiempo a esta parte en los campos de la literatura y más concretamente de la novela, según afirma con tanto acierto como finísima ironía nuestra insigne Concha Espina. E ignoro, porque las escasas palabras que en respuesta al requerimiento reporteril nos trasmite la Radio no permiten aquílatar lo necesario para encuadrarla en uno u otro de los dos grupos antes enunciados.

Además, mi alejamiento involuntario de tareas mentales me tiene en materia tan de mi gusto un poco atrasado y casi fósil para tal discriminación. El hecho es, que la señora o señorita Ballesteros contesta a su interpelante, en estos o parecidos términos. Indudablemente la vida cultural ha tomado un auge insospechado, en los modernos tiempos ya que la vida lleva en todas sus manifestaciones un ritmo mucho más acelerado que en la primera mitad del siglo que corre. La convulsión—añado yo—que produjo el intento comunista de 1936 tuvo como reacción naturalísima, este afán de aprender y ayudar a la reconstrucción de España en todos los órdenes—y no es el menos importante el cultural—para ganar el tiempo que necesariamente se hubo de emplear en reprimir y refrenar el salvajismo en que las hordas rojas querían sumir a este país merecedor de mejor suerte.

Refiriéndose a la literatura y dentro de ella de modo preferente a la novela, cree la dama a que me refiero, que aun siendo profusa la producción artística, adolece de floja, debido a que predomina en los autores la tendencia al naturalismo, desdeñando un tanto la fantasía.

Como estimará el lector, la opinión expuesta resucita el eterno pleito que ha dado lugar a infinitas discusiones y en el que han expresado y fundamentado sus juicios nuestros más eximios escritores—Cánovas, Menéndez y Pelayo, Valera, la Pardo Bazán y muchos más que harían fatigosa la relación nominal.

También debe atribuirse y no en pequeña parte el fenómeno, o

su agudización, a la situación que la postguerra crea siempre en los pueblos adolecidos de eso que algunos tratadistas de derecho internacional denominaron «mal necesario», que a veces aqueja a los pueblos. Cuando hay que vivir pendientes de reconstruir lo deshecho, allegar lo que falta, rectificar lo trastornado por cañonazos, bombas y fusiles, es inevitable que en palabras y escritos prepondera lo material, lo tangible, sobre lo soñado y que crea la imaginación, para trasladarlo al libro, al cuadro, al pentagrama, a cualquiera de las manifestaciones artísticas que son medios en el hombre de comunicar a sus semejantes sus sensaciones y pensamientos.

No es nuevo el pleito como demuestra la historia de la literatura de todos los países. Y no sólo a causas que pudiéramos llamar esenciales y de fondo, si no a otras más pequeñas, minúsculas muchas veces, se debe atribuir el predominio de esos dos elementos que si bien se miran no son antípodas sino complementarios en la obra del intelectual. Sabido es de todo el mundo, que las grandes figuras gustaban de rodearse de inteligencias superiores que fueran cronistas de sus hazañas, reflectores de su gloria, portavoces de sus ideas y fedatarios de sus juicios y decisiones. Así por ejemplo Filipo halagaba a Aristóteles, Augusto a Virgilio, Carlos V a Garcilaso, Luis XIV a Molière... Y no es naturalísimo y humano que los escritos de los favorecidos tiendan aún involuntariamente a reflejar la luz del astro que se la presta? como por contra es explicable que en los actos de gobierno y decisiones oficiales se advierta casi siempre —sobre todo en los monarcas absolutos que citamos, el pensamiento y las tendencias de los que con mayor entendimiento les inspiran, sean favoritos, Mecenas y a veces bufones.

A mi juicio, la observación externa, lo real u objetivo es necesario y hasta imprescindible, en la novela sobre todo: el ambiente, descripción de lugares, panoramas, etc. precisan ser observados de la propia realidad y no fiarlos a la fantasía, si no hemos de exponernos a caer en anacronismos y deformidades descriptivas como las atribuidas a nuestro Fernández y González cuando colocaba a sus personajes de ficción en lugares para él totalmente desconocidos. Ejemplos de realismo y observación tenemos desde la Grecia antigua y clásica: véanse si no los consejos que acerca del modo de seducir a las mujeres da Clinias en la novela griega *Leucipe y Clitofonte* de Aquiles Tacio: la lección de Palestra a Lucio en *El Asno* de Lucio y posteriormente la *Historia de Duobus Amantibus* debida a la pluma del que fué después pontífice Pío II.

Llenas de realismo y observación están las obras literarias de Cervantes, Quevedo, Alemán, Espinel y Céspedes de Meneses, por no citar más; lo pregonan entre otras «La Lozana andaluza», «La Pícaro Justina». Solórzano en «La Niña de los Embustes» y Salas Barbadillo en «La Ingeniosa Elena». Por el contrario de modo irreal, fantástico y etéreo ven las imágenes la madre de Eneas a su hijo, Climaco a Palas, el Pastor Kroco a la sílfide que después concibió a Libusa, o Diana al hijo de Aristeo o el Hipocentauro visto por San Antonio en las soledades del Yermo

Hay que afirmar, pues, sin temor de errar que la obra cultural y especialmente la literaria y concretamente la novela puede y debe tener en dosis proporcional realismo y fantasía; y esta mezcla necesaria se observa como se ha visto en todos los tiempos, en tal relevante acierto, que pudo producir en épocas tan diferentes obras como *El Quijote* —pura fantasía— y *La Casa de la Troya*, novela real de la vida corriente y tan bella como el más lindo libro de Caballería.

Claro, que lo que no puede olvidarse y se olvida frecuentemente es que la literatura como la música y la pintura son artes y como tales tienen promulgadas leyes a las que habrá de someterse quien quiera espigar en dichos campos. No basta como decía donosa e inconscientemente una novelista a un reporter, cuando éste le preguntaba el modo de producir y planear su labor: «Yo—decía—no planeo ni hago guión o croquis de asunto o argumento; escribo, escribo cuanto se me va ocurriendo y ello me lleva al desenlace» Donosa manera ciertamente, que recuerda a aquel político a quien Don Antonio Maura hacía observar cierta ligereza o inoportunidad en un discurso (?) «Vd. mismo Don Antonio ha dicho en varias ocasiones que el pensamiento debe expresarse libremente. Cierto, cierto, replicó el insigne estadista y genial político, pero ello, quiere decir que lo primero es «Pensar» y después expresar lo pensado y es peligroso invertir los términos, no?»

En síntesis y en más vulgares términos: para escribir, hablar, pintar y dar expresión artística a cualquier idea o pensamiento es indispensable tener en activo servicio las tres potencias del alma, y mucha parte de los que sueñan con hacer obras de arte sólo tienen buena voluntad.

En los modernos tiempos hay otro factor importantísimo que influye en los baches que se observan en las manifestaciones literarias: este factor es la excesiva benevolencia de la crítica, que en el mejor de los supuestos con ánimo de alentar al novel y a veces por la consideración menos altruista de «hoy por ti y mañana por mí» deja pasar como trigo limpio lo que en realidad no lo es y fomenta ilusiones que perjudican por igual al autor de los pequeños engendros y al lector u oyente de la producción. Y si añadimos a todo esto, la desmedida y americanista propaganda, tendremos explicado el motivo de este evidente descenso en la producción novelística española, no en cuanto a cantidad desgraciadamente, sino en la calidad, como se acusa en la reciente Feria del Libro celebrada en Madrid.

Para la propaganda no se precisan las potencias que antes invocamos, en activo servicio: basta sólo dinero: quien paga un anuncio puede redactarlo en los términos más hiperbólicos que le dicten sus afanes de venta y su cuenta corriente: así los pyjamas, los zapatos, las telas y la bisutería del anunciante son mejores que los de la casa de enfrente y ganan el campeonato a cualquier posible competidor, y así también el empresario de un cine, teatro o barracón de circo, no tiene en su compañía sino artistas geniales, magníficos, extraordinarios y *Destacados*: y con esto unas *interviews* en la

prensa o en la Radio ya está hecho el mal: y el mal es ni más ni menos que midiéndolo por un rasero propagandístico a todos los valores, se perjudica de consuno, al público—un poco papanatas o ingenuo, que toma la chatarra por oro de Ley—, a los mismos artistas a quienes se coloca en un régimen de igualdad, que sólo favorece a los medianos en perjuicio de los buenos y selectos; y aún a los malos perjudica también, pues en definitiva, y pese a las propagandas dinerarias surge el desengaño, cuando se convencen de que no es lo mismo escribir a la familia o amigos, o cantar cuando se friega o se afeita, que producir una novela o entonar un canto en calidad de animadora o vocalista. Loable es el afán de fama, notoriedad y fortuna; legítimo y más en los tiempos en que nada basta buscar medios de soportar la vida; pero es obligación de la crítica, sofrenar los impulsos benévolos en muchos casos y sujetar los desafortunados vuelos de la propaganda, sin más límites que el interés de empresa, en nombre de los igualmente atendibles del público, que en definitiva paga, para que no le equivoquen ni desorienten.

† FRANCISCO BELMONTE

SUSCRIBASE USTED

a la «Biblioteca Extremeña», publicada por el Departamento Provincial de Seminarios de F. E. T. y de las J. O. N. S., en la Alta Extremadura, de la que han aparecido los siguientes volúmenes:

- 1.º—*Bibliografía de Extremadura* (Cuaderno I), por Domingo Sánchez Loro. Precio: 12 pesetas.
- 2.º—*Libro de la vida y milagros de los Padres Emeritenses*, por Paulo Diácono. Precio: 16 pesetas.
- 3.º—*Amenidades, florestas y recreos de la Provincia de la Vera Alta y Baja, en la Extremadura*, por Gabriel Azedo de la Berrueza y Porras. Precio: 12 pesetas.
- 4.º—*Posibilidades industriales de la Alta Extremadura*. (Ciclo de conferencias organizado por el Seminario de Estudios Económicos de F. E. T. y de las J. O. N. S. de Cáceres). Precio: 30 pesetas.
- 5.º—*Historia y anales de la ciudad y obispado de Plasencia*, por Fray Alonso Fernández. Precio: 80 pesetas.

PROXIMO VOLUMEN.

- 6.º—*Historia de Cáceres y su Patrona*, por Simón Benito Boxoyo.

"LA CUCA"

(ROMANCILLO PATETICO)

I

¡Qué pena más grande
me da cuando pasa!
Todos la persiguen,
todos la maltratan.
—Es Petra, la *Cuca*—
al cruzar exclaman.
No hay luz en sus ojos,
tiene su mirada,
turbia, seca, triste,
pesadumbre y rabia.
Piojosa, harapienta,
la faz arrugada,
los cabellos lacios,
greñosa y descalza,
encorvado el cuerpo,
como si tiraran
implacables de él,
las terribles Parcas.
Manos sarmentosas,
boca desdentada,
el semblante austero.
cetrina la cara
y una pena horrible
metida en el alma,
cuando por las calles
la chusma, borracha
de impiedad y de odio,
la acosa a pedradas.
Los chicos la injurian,
con ira, con saña;
al rostro la escupen
sus viles palabras:
—¡Que viene la *Cuca*!..
¡Sarnosa! ¡Carpanta!
La siguen a gritos
como una bandada
de gárrulos grajos
en la tarde plácida.

II

¡Qué pena más grande
me da cuando pasa!
Vivió en las afueras,
junto a la Calzada,
en una casucha
de techumbre baja,
el postigo roto,
fea, achaparrada,
cuatro sillas dentro,
una dura cama,

de torcidos hierros
y andrajosa manta.
La Justicia, torva,
porque no pagaba,
la puso en la calle
sin dolor ni lástima.
Sacaron los trastos:
el catre, la almohada,
un palanganero
con una jofaina
amarilla y sucia,
la sartén, el arca
y cuatro cacharros
de horrorosa traza.
En torno, los chicos,
sin piedad aullaban:
—¡Pringosa! ¡Lechuzas!
¡Sarnosa! ¡Borracha!
Reían las viejas
desde las ventanas.
Ni una sola mano
se tendió magnánima.
La curia, implacable,
remató la hazaña,
y el catre, las sillas,
el colchón, la manta,
al Juzgado fueron
en rehenes, hasta
que Petra la *Cuca*
las costas pagara.

III

¡Qué pena más grande
me da cuando pasa!
Los perros arrufan
el hocico y ladran,
se burlan los mozos
de su triste facha,
y la cantan coplas
picantes y cáusticas
que corean los chicos
entre risotadas.
La *Cuca*, medrosa,
su cabeza agacha,
aligera el paso,
entre dientes habla,
tropieza y se cae,
se levanta y anda,
deprisa, azarosa,
atemorizada...
¡Oh negros caminos
de la suerte aciaga!